

RELATO DE UNA AVENTURA INTELECTUAL

GREENBLATT, Stephen: El giro. De cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el Mundo Moderno

emiliosola@archivodelafrontera.com

Colección: E-libros: Nadadores
Fecha de Publicación: 09/11/2012 y 09/09/2013
Número de páginas: 15
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

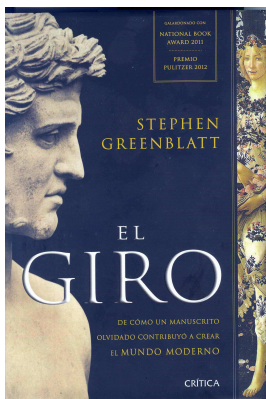
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

RELATO DE UNA AVENTURA INTELLECTUAL

GREENBLATT, Stephen: El giro. De cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el Mundo Moderno. Barcelona, 2012, Crítica.



EL MANUSCRITO ENCONTRADO: RELATO DE UNA AVENTURA

Si uno de los lugares comunes de la novela histórica, y de la novela en general hasta la más chusca, es el recurso al manuscrito encontrado, fuente principal de la narración, la historia de cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el

Mundo Moderno es un modelo literario espléndido y absolutamente transversal. Por seguir jugando con las palabras. Una maravillosa construcción literaria que desborda el ensayo académico y la novela de masas, tal vez tipificable como relato de intriga; intriga culta y sabia. Un manuscrito encontrado, como el que se encontró Cervantes en Toledo de Cide Hamete que le permitió terminar el Quijote; un manuscrito olvidado, que precisó de mucho azar afortunado para poder volver a la vida a su autor, en este caso el romano Lucrecio. Una narración de intriga que al mismo tiempo es modelo de investigación, desde el mundo académico anglosajón.

C.I

Poggio Braciollini o Poggio el Florentino es el descubridor, de ese manuscrito olvidado, en 1417 y en un monasterio alemán. Un florentino laico, no eclesiástico, en un mundo en el que “la familia, la red de parentescos, el gremio o la corporación eran los pilares de la identidad de un individuo” (p.22). Buscador de libros, de manuscritos, pero no libros de oraciones ni “obras sobre teología, medicina y leyes que eran los prestigiosos instrumentos de las élites profesionales”. Esa era una primera paradoja en aquel personaje, Poggio, de un nuevo gremio naciente de letrados humanistas, como iban a empezar a ser reconocidos y apreciados en toda Europa.

“El forastero se dirigía a un monasterio, pero no era ni un clérigo ni un teólogo ni un inquisidor, y tampoco buscaba libros de oraciones. Iba a la caza de manuscritos antiguos, muchos de ellos cubiertos de moho o comidos por los gusanos, y todos ellos indescifrables incluso para los lectores mejor preparados. Si las hojas de pergamino que los componían seguían intactas, tendrían cierto valor material, pues con la ayuda de un cuchillo podía borrarse cuidadosamente el texto y, después de alisarlas con polvos de talco, podía volverse a escribir en ellas. Pero Poggio no se dedicaba al comercio de pergaminos, y en verdad abominaba a los que se dedicaban a borrar los textos antiguos. Lo que él deseaba era ver lo que se decía en ellos, aunque estuvieran escritos con una caligrafía enrevesada, y sobre todo sentía particular interés por los manuscritos de cuatrocientos o quinientos años de antigüedad, que se remontaban, por tanto, al siglo X o incluso a épocas anteriores.”

Poggio el Florentino era un escritor, en su sentido más amplio:

“Su profesión era la de *scriptor*, esto es, escribiente de documentos oficiales de la burocracia papal, y, gracias a su habilidad y astucia, había ascendido hasta obtener el codiciado cargo de secretario apostólico...”

Pero ese papa era Juan XXIII, recién depuesto en el concilio de Constanza, en esos momentos en desgracia, encarcelado como Baldassare Cossa. “Y Poggio era en aquellos momentos un hombre sin señor”. Poggio tenía una de las más hermosas letras entre los humanistas y una gran pasión por las obras clásicas, de las que hablaba como si fuera el autor mismo; para él, rescatar un texto clásico era lo mismo que resucitar a su autor: el *De rerum natura*, *Sobre la naturaleza*

de las cosas, era Lucrecio mismo, en una suerte de transustanciación especial o resurrección de un autor con el que era posible dialogar.

“Poggio encontraba ahora cerradas muchas puertas que otrora se le habían abierto de par en par. Y los individuos deseosos de favores – una dispensa, una autorización, una posición lucrativa para ellos o para sus parientes – que habían rendido pleitesía al secretario como una manera de rendir pleitesía a su señor le daban ahora la espalda...”

C.II

La presentación de Poggio es el capítulo I; en el siguiente, aborda la presentación de los monasterios como refugio de aquel milagro nuevo que estaba aflorando, la literatura antigua griega y romana. El “se les obligará a leer” de las primeras reglas monásticas “contribuyó a salvar del naufragio absoluto a los grandes logros del pensamiento antiguo”. Y al mismo tiempo, las limitaciones a esa norma: “No tenga allí nadie el atrevimiento de preguntar nada sobre la lectura misma o cualquier otra cosa, para no dar ocasión”.

“‘Para no dar ocasión’: la frase, en un texto con frecuencia muy claro, resulta curiosamente vaga. ¿Ocasión de qué y para quién? Los editores modernos a veces intercalan la expresión ‘al diablo’ y, en efecto, probablemente sea eso lo que está implícito...”

“Los altos muros que confinaban la vida mental de los monjes – la imposición de silencio, la prohibición de hacer preguntas, el castigo del debate con bofetadas o azotes – tenían por objeto afirmar sin ambages que esas comunidades piadosas eran todo lo contrario de las academias filosóficas de Grecia y Roma, lugares que habían florecido gracias al espíritu de contradicción y que habían cultivado una curiosidad incesante y vastísima.”

El trabajo de estos monjes copistas medievales, en ocasiones en amplios *scriptoria* “con ventanas provistas de vidrieras traslúcidas, junto a las cuales cada monje – hasta treinta incluso – ocupaba un pupitre...”, copiando viejos textos clásicos conservados en papiros y trasladándolos a vitelas más resistentes, de piel de ternero lechal, las mejores de no natos, o pieles de otros animales curtidas y pulidas con piedra pómez, fueron conformando unas bibliotecas monásticas de gran valor para los humanistas. A pesar de que “entre los siglos VI y mediados del VIII, los clásicos griegos y latinos dejaron de ser copiados casi por completo”, muchos autores clásicos pudieron ser recuperados del olvido. Algunos, incluso, de palimpsestos o pergaminos reutilizados, como el caso de una copia *De re publica* de Cicerón del siglo IV oculta bajo unas meditaciones de San Agustín del siglo VII, o una copia del libro sobre la amistad de Séneca conservada bajo un Antiguo Testamento del siglo VI. En uno de esos monasterios antiguos, tal vez en el alemán de Fulda, encontró Poggio el manuscrito perdido de Lucrecio. En ese monasterio, construido en el siglo IV, había sido abad Rabano Mauro en el siglo IX, y allí había concebido su obra enciclopédica *De rerum naturis*, *Sobre la naturaleza de las cosas*, en la que quería recoger la totalidad del conocimiento de su tiempo, y que sus

contemporáneos llamaron *Sobre el Universo*. No es extraño que del erudito entorno de Rabano Mauro procediera el *De rerum natura* de Lucrecio.

C.III

Todo el capítulo III lo dedica Greenblatt a glosar el perfil de la obra de Lucrecio, la importancia del concepto de átomo que recogía de las concepciones de Leucipo de Abdera y su discípulo principal, Demócrito, del siglo V a.e.v. (antes de la era vulgaris, como fechará siempre Greenblatt, recogiendo una hermosa forma de datar decimonónica que se quiere aconfesional y global). El atomismo, y su entronque con el Epicureismo, con el resultado del canto a la vida y al placer de vivir que transmite el poema de Lucrecio.

C.IV

La formación de las bibliotecas romanas en rollos de papiro y su progresiva destrucción al final del imperio constituye un apasionante capítulo para comprender la magnitud del trabajo de los humanistas. De nuevo la importancia de los copistas, *librarii* normalmente operarios esclavos o asalariados, y los *scribae* o ciudadanos libres, burócratas, secretarios y archiveros, y la progresiva dispersión o destrucción de las bibliotecas principales, como la mítica de Alejandría en el siglo V, con las apasionantes historias del obispo Cirilo y la científica Hipatia, o la llegada de los bárbaros a finales del siglo. Los 36 años de san Jerónimo en Belén traduciendo al latín la *Biblia* hebrea por ese tiempo, tras renunciar a la lectura de sus amados clásicos. Un hombre de frontera.

“Durante muchas generaciones, los cristianos cultos siguieron empapados, como Jerónimo, de una cultura cuyos valores habían sido modelados por los clásicos del paganismo. El platonismo aportó al cristianismo su modelo del alma; el aristotelismo aportó también el granito de arena con el concepto de Primer Motor; y el estoicismo hizo lo mismo con su modelo de providencia. Razón de más para que los cristianos se repitieran a sí mismos historias ejemplares de renuncia.”

Esa renuncia está en la base de uno de los grandes giros culturales: “En una de las más grandes transformaciones culturales de la historia de Occidente, la búsqueda del dolor triunfó sobre la búsqueda del placer”.

“En la Roma pagana, la versión más exagerada de esa búsqueda del placer iba acompañada, en los espectáculos de gladiadores, de las formas más extravagantes de infligir y aguantar el dolor. Si Lucrecio ofrecía su versión moralizada y purificada del principio romano de placer, el cristianismo ofrecía una versión moralizada y purificada del principio romano del dolor. Los cristianos primitivos, pensando en todo momento en los sufrimientos del Salvador, en el carácter pecador de la humanidad y en la cólera de un Padre justo, consideraban los intentos de cultivar el placer algo manifiestamente absurdo y peligroso. “

Lucrecio parecía un autor condenado al olvido. El mismo Jerónimo pareció dictaminarlo:

“La búsqueda del placer se había convertido en algo filosóficamente indefendible. Epicuro estaba muerto y enterrado, y casi toda su obra había sido destruida. Y desde que san Jerónimo en el siglo IV comentara brevemente que Lucrecio se había suicidado, no se produjo ningún ataque contra el gran discípulo romano de Epicuro. Había sido olvidado.”

C.V

De nuevo la figura de Poggio Bracciolini vuelve a ser central, su formación e historia familiar, las rebeliones del *populo minuto* o los *ciompi* y la Florencia de los banqueros y humanistas, la herencia de Petrarca y la hermosa caligrafía que le abrió las puertas al joven Poggio, desde veinteañero, de los más notables humanistas como copista de libros y documentos; el gran canciller de la república de Florencia, Coluccio Salutati, lo eligió entre otros jóvenes para trabajar con él, entre ellos Leonardo Bruni conocedor del griego antiguo, y con el humanista y coleccionista Niccolò Niccoli se dice que Poggio inventó la caligrafía humanística, partiendo desde la minúscula carolina. La apasionante aventura del humanismo florentino del inicio del siglo XV.

C.VI

La etapa siguiente de la vida de Poggio, es su estancia en Roma a partir de los 23 años, a donde va con una carta de recomendación del canciller Salutati. A pesar de no ser eclesiástico, Poggio entró en la Curia pontificia como *scriptor* o amanuense eclesiástico: “un burócrata seglar al servicio del papa”. Poggio se lo escribió a su amigo florentino Niccoli: “No creo que el sacerdocio sea libertad, como creen muchos, sino la más severa y opresiva forma de servidumbre”. De nuevo, Poggio como hombre de frontera.

“En la fábrica de mentiras” es el título de este capítulo en el que el escenario es la curia papal, uno de los conjuntos burocráticos más amplio y complejo de Europa; un libro de Lapo de Castiglionchio, del tiempo en el que Poggio estaba allí, un diálogo *Sobre la excelencia y dignidad de la curia romana*, es elocuente a la hora de imaginar aquel ambiente: habla de “el crimen, la ofensa moral, el fraude y el engaño” que “adoptan el nombre de virtud y son tenidos en gran estima”, pura hipocresía, hasta el punto de asombrarse: “¿Qué puede haber más ajeno a la religión que la curia?”

Poggio escribió también diálogos serios y críticos, como *Sobre la avaricia*, *Contra los hipócritas*, *Sobre las vicisitudes de la fortuna* y similares, pero lo que tuvo más fama en su momento fue un libro cómico, de chistes, con mucha frecuencia obscenos, y hasta anticlericales: las *Facetiae*.

“...En la década de 1430 y con toda probabilidad desde hacía ya bastante tiempo, Poggio había logrado situarse en el mismísimo centro de lo que él llamaba el *Bugiale*, el ‘Mentidero’, o Fábrica de Mentiras. Allí, en un aposento de la curia, los secretarios papales se reunían con regularidad a contarse unos a otros anécdotas y chistes. ...La charla, banal, mendaz, maliciosa, calumniosa,

a menudo obscena, era el tipo de discurso que casi se olvida antes de que se hayan apagado sus ecos, pero parece que Poggio no se olvidaba de nada. Volvía a su pupitre y, en su mejor latín, recomponía las conversaciones que había mantenido en la Fábrica de Mentiras y las convertía en lo que él llamaba *Facetiae*.

“Resulta casi imposible que unos chistes con una antigüedad de siglos conserven algo de vida. El hecho de que unos cuantos comentarios jocosos de Shakespeare, de Rabelais o de Cervantes sigan haciéndonos sonreír es una especie de milagro.

Con una antigüedad de casi seiscientos años, las Facecias de Poggio interesan ahora fundamentalmente sólo como síntoma...”

Su actitud crítica recuerda la de un siglo después, la de la Reforma, y polemizó con otro agudo crítico de la curia, Lorenzo Valla, precisamente por un diálogo de éste que a Poggio le parecía epicúreo.

Poggio se quedó en la curia porque su alternativa era servir a un amo, o bien enseñar a los muchachos, que era peor pues “más vale estar sometido a un hombre que a muchos”. Su único objetivo era “trabajar duro unos pocos años para tener tiempo libre el resto de mi vida”, pero se quedó en la curia, a lo largo de numerosos pontificados, cincuenta años.

C.VII

La evocación de la figura y época del papa Juan XXIII, o Baldassare Cossa, un napolitano de la isla de Procida, de familia que se había dedicado a la piratería, es tan novelesca como la más imaginativa trama de ficción; la corrupción de la curia pontificia, la elección del nuevo papa, el saco de Roma de 1413 por el rey Ladislao de Nápoles y el refugio del papa en Florencia, la plenitud del cisma de Occidente, la convocatoria del Concilio de Constanza, “Una trampa para cazar zorros” según el título mismo del capítulo, la llegada a la ciudad del concilio del reformista checo Jan Hus y su quema en la hoguera de Constanza...

“Jan Huss, sacerdote y reformista checo, tenía cuarenta y cuatro años y desde hacía varios venía siendo una espina clavada en el corazón de la Iglesia. En el púlpito y a través de sus escritos atacaba vehementemente los abusos de los clérigos, condenando su codicia, su hipocresía y su inmoralidad sexual generalizadas. Denunciaba la venta de indulgencias calificándola de chanchullo escandaloso y de un intento desvergonzado de aprovecharse de los temores de los fieles. Exhortaba a los feligreses no a poner su fe en la Virgen, en el culto de los santos, en la Iglesia o el papa, sino solo en Dios. En todos los asuntos de doctrina predicaba que las Sagradas Escrituras eran la autoridad definitiva.

“Hus se metió temerariamente no solo con la doctrina, sino con la política de la Iglesia en un momento de malestar nacional cada vez mayor. Afirmaba que el estado tenía el derecho y el deber de supervisar a la Iglesia...” (pp.145-146).

No es extraña la apreciación de Lutero cien años después: “Todos somos husitas sin saberlo”. Excomulgado en 1410, su osadía de acudir al concilio de Constanza le costó la vida en la hoguera.

Es el tiempo en el que Poggio, hombre sin amo con la destitución del papa Juan XXIII, viajará por algunos monasterios franceses o alemanes notables por su biblioteca, como el de San Gall, otros de la misma Constanza y finalmente en el de Fulda, muy posiblemente, en donde encontraba el manuscrito de Lucrecio a principios de 1417.

En su periplo viajero, conoció los baños de Baden y los percibió y narró como una reliquia de la antigüedad pagana: “los rituales de la vida social en Baden le parecían a Poggio un sueño, como si evocaran el mundo perdido de Júpiter y Danae.” A un amigo suyo le describe las escenas en los baños de Baden “para que comprendas por unos cuantos qué gran centro del pensamiento epicúreo es este”.

C.VIII

En “Las cosas como son”, Greenblatt deconstruye y expone el poema de Lucrecio: “‘Sobre la naturaleza de las cosas’ es la proeza más singular que cabe imaginar: una obra de filosofía que es a su vez un gran poema”. Es difícil de leer, advierte Greenblatt, en hexámetros sin rima, como habían escrito su literatura épica Virgilio y Horacio, a imitación de Homero.

Pero contiene un mensaje escandaloso, hasta el punto de que en las traducciones de la obra de Lucrecio la palabra *religio* se traduce con frecuencia como superstición y no como religión. Uno de los textos síntesis de Greenblatt, de los muchos magistrales que se distribuyen por este libro tan brillante, es de una gran plasticidad:

“Si te gusta llamar al mar Neptuno o referirte al grano y al vino con los nombres de Ceres y Baco, decía Lucrecio, puedes hacerlo tranquilamente, del mismo modo que puedes llamar Madre de los dioses al orbe. Y si, atraído por su solemne hermosura, decides visitar los santuarios religiosos, no te hará ningún daño, con tal de que contemples las imágenes de los dioses ‘en paz y tranquilidad’ (6:78). Pero no debes pensar ni por un instante que puedes irritar o propiciar a alguna de esas deidades. Las procesiones, los sacrificios de animales, las danzas frenéticas, los tambores, los címbalos y las flautas, las lluvias de pétalos de rosa, los sacerdotes castrados, las imágenes esculpidas de un dios niño: todas esas prácticas de culto, aunque fascinantes y llamativas a su modo, carecen fundamentalmente de sentido, pues los dioses a los que pretenden llegar están totalmente distantes y alejados de nuestro mundo.”

Enseguida eso se captó como ateísmo, “o más exactamente indiferencia de los dioses”. Se le añade el atomismo, la existencia sin fin ni propósito, la existencia como “creación y destrucción incesantes, gobernadas enteramente por el azar”,

el libre albedrío como “desvío aleatorio de las partículas elementales”, la primacía de la felicidad humana...

“El deseo imposible de satisfacer y el miedo a la muerte son los principales obstáculos a la felicidad humana, pero esos obstáculos pueden superarse mediante el ejercicio de la razón.

“El ejercicio de la razón no está al alcance solo del especialista; está al alcance de todo el mundo. Lo que hay que hacer es rechazar las mentiras que ofrecen los sacerdotes y otros forjadores de ilusiones y contemplar directa y serenamente la verdadera naturaleza de las cosas. Toda especulación – toda ciencia, toda moralidad, todo intento de trazar una vida digna de ser vivida – debe empezar y acabar por comprender lo que son las semillas invisibles de las cosas: los átomos y el vacío y nada más.

Los orígenes de una aventura que no tardará mucho tiempo en desplegarse de manera espectacular con la revolución científica barroca y de más acá.

C.IX

A este capítulo podríamos tildarlo de Final I, el final de Poggio Bracciolini como biografía y su relativa comprensión de lo que había descubierto y, con tanto trabajo y mimo, transmitido a sus contemporáneos. La deriva vital y profesional de Poggio le llevó a Inglaterra, durante cuatro años, y luego regresó a la curia papal de nuevo, tras 1422, en donde se quedó más de treinta años; ya anciano, volvió a Florencia y durante un quinquenio fue canciller de su ciudad. Una vida larga y agitada, con una gran familia de numerosos hijos y el reconocimiento general a su muerte. Entre sus obras últimas, una traducción latina del original griego de un relato cómico de Luciano de Samosata, *El Asno*, “cuento mágico sobre hechicería y metamorfosis”, y una “Historia de Florencia” sobre el último siglo de vida de su ciudad. Poggio había sido “la encarnación misma del proyecto de educación en los saberes y los gustos clásicos a los que habían dedicado su vida Petrarca, Salutati y otros humanistas.”

C.X

“Hoy día se conservan más de cincuenta manuscritos del *De rerum natura*, una cantidad sorprendentemente grande, aunque debió haber muchos más. Una vez se impuso comercialmente la ingeniosa tecnología de Gutenberg, no tardaron en venir las ediciones impresas. Las impresiones solían llevar un prólogo con las advertencias y abjuraciones de rigor.”

Este capítulo, que Greenblat titula como el libro mismo, “El giro”, se convierte de nuevo en un relato de aventuras autónomo, esta vez sobre la deriva del texto de Lucrecio y su influencia en las mentes más modernas; la fascinación de Ficino, la burla de Savonarola hacia los atomistas, el manuscrito florentino que en 1961 identificaron como de Maquiavelo, o el diálogo de Lorenzo Valla *De voluptate* o *Sobre el placer*, que escandalizó al mismo Poggio...

“En diciembre de 1516 –casi un siglo después de que se produjera

el descubrimiento de Poggio– el Sínodo de Florencia, un influyente grupo de clérigos de alto rango, prohibió la lectura de Lucrecio en las escuelas. La elegancia de su latín quizá tentara a algunos maestros a mandárselo a sus discípulos, pero debía ser vetado, decían los clérigos, por ser ‘una obra lasciva e inmoral, en la que se intenta por todos los medios demostrar la mortalidad del alma’. Los violadores del decreto eran amenazados con la condenación eterna y una multa de diez ducados”.

Pero ya para entonces había ediciones notables de París, Bolonia y Venecia, esta última impresa por Aldo Manuzzio, así como en Florencia, del editor Filippo Giunti, preparada por Pier Candido y con enmiendas de Michel Marullo Tarcaniota, quien a su muerte llevaba un ejemplar del *De rerum natura* en las alforjas de su caballo, cuando se ahogó al cruzar un río en una acción militar contra César Borgia. De nuevo, las fronteras del mito en un espléndido relato. En 1549 lo incluyeron en el Índice de libros prohibidos, aunque luego se retiró la propuesta. Las ideas de Lucrecio las abordó Erasmo en un diálogo que tituló *El epicúreo*, y Tomás Moro tomó muy en cuenta el epicureísmo, la búsqueda del placer y la felicidad, para su proyecto utópico:

”No bastaba con que el epicureísmo iluminara una pequeña élite de un jardín bien cercado; debía aplicarse a toda la sociedad en su conjunto. La Utopía es un proyecto visionario, pero muy detallado, de su aplicación, desde la vivienda pública hasta la asistencia sanitaria universal, desde los centros de atención a la infancia hasta la tolerancia religiosa o la jornada laboral de seis horas. El sentido de la famosa fábula de Tomás Moro es imaginar las condiciones que harían posible que toda una sociedad convirtiera la búsqueda de la felicidad en un objetivo colectivo.

“Para Tomás Moro, esas condiciones debían empezar por la abolición de la propiedad privada. De lo contrario la avaricia de los humanos, su afán de ‘nobleza, magnificencia, esplendor y majestad’, conduciría de modo irremediable a la distribución desigual de la riqueza que condena a un gran sector de la población a llevar una vida de miseria, resentimiento y delincuencia...”

Pero los utopienses de Moro ponen un límite: se imponen castigos y esclavitud a quienes nieguen la Divina Providencia y el más allá:

“Todos los ciudadanos de su Utopía son exhortados a buscar el placer; pero los que creen que el alma muere con el cuerpo o creen que el universo es gobernado por el azar, dice Tomás Moro, son encarcelados y reducidos a la esclavitud.”

El último capítulo brillante de ese verdadero relato de aventuras, de nuevo en el límite del mito, lo protagonizó Giordano Bruno, nómada por toda Europa y mártir de la ciencia. Nuevamente, el texto sintético de Greenblatt sobre la concepción del universo infinito de Bruno es estupenda:

“La teoría de Copérnico, según la cual la Tierra no era el punto fijo

situado en el centro del universo, sino un planeta que gira alrededor del Sol, seguía siendo, cuando la defendía Giordano Bruno, una idea escandalosa, anatema tanto de la Iglesia como para las autoridades académicas. Y Bruno logró llevar aún más lejos el escándalo del pensamiento copernicano: no existía ningún centro del universo, afirmaba, el centro no era ni la Tierra ni el Sol. Por el contrario, decía citando a Lucrecio, había muchos mundos, en los que las semillas de las cosas, en su infinitud, se mezclarían sin duda para formar otras razas de hombres y otros seres. Todas las estrellas fijas observadas en el cielo son soles, diseminados por el espacio infinito. Muchas de esas estrellas tienen satélites que giran a su alrededor como la Tierra gira en torno a nuestro Sol. El universo no tiene que ver con nosotros, con nuestro comportamiento ni con nuestro destino; nosotros somos sólo una minúscula parte de algo inconcebiblemente grande. Y eso no debía asustarnos. Antes bien, deberíamos mirar el mundo con asombro, con gratitud y respeto.”

Cuando Bruno estuvo en Londres, hacia 1584, tal vez conociera a Thomas Harriot, “quien construyó el telescopio más grande de Inglaterra, observó las manchas solares, dibujó la superficie lunar, estudió los satélites de los planetas, propuso la teoría de que los planetas no giraban en círculos perfectos, sino en órbitas elípticas, elaboró una cartografía matemática, descubrió la ley de la refracción y realizó grandes avances en el terreno del álgebra”.

Muchos de esos descubrimientos se adelantaban a Galileo, Descartes o Kepler, pero no publicó nada en vida, sin duda para no certificar las acusaciones que le hacían de atomismo y por ello ateísmo. Bruno no había sido tan precavido, y murió en la hoguera en Roma a principios de 1600, en el momento en que a Campanella lo encerraban de por vida en una cárcel napolitana desde donde no dejaba de proclamar que las leyes de la naturaleza decían más sobre Dios que los libros sagrados, si no es que eran directamente la divinidad. Ese gran relato de aventuras que es la historia de la ciencia.

Para el caso de España (p.215), Greenblatt aporta algunos datos someros pero apasionantes, una provocación para ahondar más en el asunto, para fijar la atención de los investigadores:

“También en España, donde la vigilancia de la Inquisición era muy grande, se leyó el poema de Lucrecio en copias impresas que cruzaron la frontera procedentes de Italia o de Francia y en manuscritos que pasaban con sigilo de mano en mano. A comienzos del siglo XVII Alonso de Olivera, médico de la princesa Isabel de Borbón, poseyó una edición francesa publicada en 1565. En una almoneda de libros efectuada en 1625, el poeta Francisco de Quevedo adquirió una copia manuscrita de la obra por solo un real. El escritor sevillano y aficionado a las antigüedades Rodrigo Caro poseía dos ejemplares, editados en Amberes en 1566, en su biblioteca, cuyo inventario se llevó a cabo en 1647; y en el monasterio de Guadalupe, el padre Zamora guardaba, al parecer, en su celda una edición de Lucrecio publicada en Amsterdam en 1663. Como descubriera Tomás Moro cuando intentó comprar todas las traducciones protestantes de la Biblia para quemarlas,

la imprenta había hecho que resultara terriblemente difícil acabar con un libro. Y eliminar un conjunto de ideas de vital importancia para permitir el desarrollo de nuevos avances científico en materia de física y astronomía.”

INTERMEDIO CERVANTINO

El texto es espléndido. Las últimas aportaciones de Márquez Villanueva sobre el Cervantes maduro de los primeros años del siglo XVII, cuando el Quijote salía a la calle, y su estrecho contacto con los sectores más modernos y abiertos del momento, tanto en Sevilla como en Madrid, hacen pensar que hay que adentrarse más aún en los textos cervantinos, y sus cantos a la luz de la razón frente a la lumbre de la fe. Y sobre todo, su adhesión absoluta a la “ley de la naturaleza” o “ley de naturaleza”, y sus guiños a “la libertad de conciencia”. Valga esta cita del Quijote (II,C.53) para leer a la luz de este libro de Stephen Greenblatt:

“Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado es pensar en lo escusado; antes parece que ella anda todo en redondo, digo, a la redonda, la primavera sigue al verano, el verano al estío, el estío al otoño, y el otoño al invierno, y el invierno a la primavera, y así torna a andarse el tiempo con esta rueda continua; sólo la vida humana corre a su fin ligera más que el tiempo, sin esperar renovarse si no es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Eso dice Cide Hamete, filósofo mahomético; porque esto de entender la ligereza e inestabilidad de la vida presente, y de la duración de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de fe, sino con luz natural, lo han entendido; pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza que se acabó, se consumió, se deshizo, se fue como en sombra y humo el gobierno de Sancho.”

Una paradoja sabia más de las paradojas cervantinas. Cervantes, por boca de Cide Hamete, no sobrepasa aquí la exigencia de Tomás Moro a sus utopistas, la “lumbre de fe” en la divina providencia y el más allá, aunque aquí se justifica por una razón más elevada aún, la “luz natural”. Hay que leer también con detenimiento la novela incluida en el Quijote titulada “El curioso impertinente”, cuya acción Cervantes situó en Florencia, pues puede dar aún muchas sorpresas. **(Fin de intermedio cervantino).**

C.XI

Este capítulo podría constituir el Final II del libro. Tras la aventura vital e intelectual de Poggio, la gran aventura de la historia de la ciencia, muy en relación con el atomismo y al mismo tiempo con el triunfo definitivo de la modernidad: racionalidad, experimentación y comunidad científica internacional.

“Vidas después de la vida” es el hermoso título que da Greenblatt al último capítulo del libro. En la Inglaterra clásica tanto a Shakespeare como a Ben Jonson llegó la influencia de Lucrecio, y de Ben Jonson se conserva una copia manuscrita suya del *De rerum natura*, con muchas señales y anotaciones marginales, conservado en la Biblioteca Joughton de Harvard. A Shakespeare le había llegado a través de Montaigne, sus ensayos en 1580 publicados en francés y traducidos al inglés en 1603; y Greenblatt, en otro viaje espléndido, llega a una conclusión clara: “Lucrecio era para Montaigne la guía más segura para comprender la naturaleza de las cosas y para modelar el yo a fin de que viva la vida con placer y se enfrente a la muerte con dignidad”.

De nuevo, otra historia de aventuras de un Lucrecio cada vez más vivo, como le hubiera gustado a Poggio, que creía resucitar a una nueva vida al autor del que sacaba a la luz una obra nueva, porque podía charlar con él amistosamente a través de sus propias palabras y opiniones escritas.

“En 1989, Paul Quarrie, a la sazón bibliotecario de Eton College, compró en una subasta por doscientas cincuenta libras un ejemplar de la magnífica edición de Denys Lambin del *De rerum natura*, de 1563. La correspondiente explicación del catálogo decía que en las guardas del libro había muchos comentarios marginales en latín y en francés, pero el nombre de su propietario se había perdido. Los especialistas enseguida confirmaron lo que Quarrie había sospechado en cuanto tuvo el libro en sus manos: se trataba de la copia personal de Lucrecio de Michel de Montaigne, en la que podían apreciarse señales directas del apasionado interés del ensayista por el poema. El nombre de Montaigne había sido tachado de su ejemplar de Lucrecio, por eso se tardó tanto en descubrir quién había sido su propietario. Pero en un comentario tremendamente heterodoxo escrito en latín en el reverso de la tercera guarda, Montaigne dejó una curiosa prueba de que el libro era suyo: ‘Como los movimientos de los átomos son tan variados’ – escribió – ‘no es increíble que los átomos se unieran en otro tiempo de este modo, o que lo hagan de nuevo en el futuro de este mismo modo, dando vida a otro Montaigne’”.

Y en nota, para placer del lector, Greenblatt reproduce el texto original latino, y con dos versiones inglesas del mismo, la segunda del propio Greenblatt. El texto latino no me resisto a reproducirlo: “Ut sunt diuersi atomorum motus non incredibile est sic conuenisse olim atomos aut conuenturas ut alius nascatur montanus”. El montanus no es otro que Montaigne. Una historia de las aventuras de una investigación. Sobre humanistas y humanidades.

Un criptograma o un emblema, bellísimo para intentar convertirlo en una imagen. Eso: un lema para un emblema.

Las ocho últimas páginas del libro son otra narración espléndida de otra aventura de la ciencia, esta vez de la mano de Galileo Galilei y su libro de 1623 *Il Saggiatore* o *El ensayista*, también el Sagitario mítico lanzador de flechas... Aquí echa mano Greenblatt de otro libro memorable sobre otro manuscrito

encontrado al azar, tan apasionante como el que está terminando de presentar Greenblatt, el libro de Pietro Redondi (1983), *Galileo herético*. Y la nueva vida de Lucrecio no hacía más que vigorizarse: Gassendi, Molière, traducciones cuidadas, o la extraordinaria aventura de la traducción de la puritana Lucy Hutchinson, esposa de un militar, que al ir comprendiendo cada vez más el sentido de Lucrecio terminó por considerarlo un “lunático”. Edmund Spenser, Francis Bacon, Thomas Hobbes, Isaac Newton... Y el salto a América:

“Thomas Jefferson poseyó por lo menos cinco ediciones latinas del *De rerum natura*, así como traducciones del poema al inglés, al italiano y al francés. Era uno de sus libros favoritos, pues confirmaba su convicción de que el mundo es únicamente la naturaleza y de que la naturaleza está compuesta solo de materia. Más aún, Lucrecio contribuyó a formar la confianza de Jefferson en que la ignorancia y el miedo no eran componentes necesarios de la existencia humana.”

FINAL: De la más rabiosa actualidad: los nuevos cardenales de la Comunidad Europea

Stephen Greenblatt es profesor de Humanidades en Harvard y editor, y este libro fue premio Pulitzer de 2012. Su propia excelencia le da para sacar a relucir, en detalles mínimos, estupendas muestras de un sentido del humor refinadísimo. En un momento de respiro (p.179), glosando el cisma de Occidente y la tozudez del Papa Luna ante el concilio que debía solucionar el problema de un gobierno único europeo que para ellos podía suponer el tener un papa único para la cristiandad, glosa con un paralelismo digno de la sabiduría sapiencial china, en la que los paralelismos siempre son tomados muy en serio:

“El solio pontificio se hallaba vacante y el concilio – que, como sucede en la actualidad en la Comunidad Europea, era desgarrado por las tensiones existentes entre las delegaciones de Alemania, España, Francia, Inglaterra e Italia – discutía encarnizadamente sobre las condiciones que había que satisfacer antes de proceder a la elección de un nuevo papa.”

APÉNDICE PARA INCLUIR EN NADADORES

En un libro de aventuras intelectuales tan denso, sólo recuerdo dos momentos en los que aparece un Nadador. En la primera de ellas, puede hablarse, además, sobre todo de Nadadoras. El sueño de la Antigüedad epicúrea en busca del placer lo vislumbró Poggio en los baños de Baden:

“Los rituales de la vida social en Baden le parecían a Poggio un sueño, como si evocaran el mundo perdido de Júpiter y Danae. En algunas piscinas había cantos y bailes, y algunas muchachas – ‘hermosas y de noble cuna y por sus modales y sus formas semejantes a diosas’ – chapoteaban en el agua

mientras sonaba la música. ‘Arrastran sus vestidos ligeramente tras ellas flotando sobre la superficie del agua, que tal pensaras que son Venus aladas’. Cuando los hombres las miran desde arriba, las muchachas tienen la costumbre de pedirles cosas en son de broma. Los hombres les tiran monedas, especialmente a las más bonitas, junto con guirnaldas de flores, y las muchachas las cogen a veces con las manos, y otras con sus vestidos, que despliegan a su alrededor. ‘Yo mismo a veces les eché monedas y guirnaldas’, confesaba Poggio.” (p.153).

El segundo episodio en el que aparece un Nadador, es más dramático pues se trata de alguien que no pudo salvar su vida a nado, de un ahogado. Es en la evocación de un humanista de origen griego, Michele Marullo Tarcaniota (p.197):

“Marullo, cuyo retrato pintó Boticelli, era bien conocido en los círculos humanistas italianos. A lo largo de su inquieta carrera escribió hermosos himnos paganos inspirados por Lucrecio, sobre cuya obra se volcó con notable intensidad. En 1500 se hallaba reflexionando sobre las complejidades textuales del *De rerum natura* cuando, vestido con su armadura, tuvo que salir de Volterra para enfrentarse a las tropas de César Borgia, a la sazón concentradas en la costa cerca de Piombino. Llovía a mares y los campesinos le aconsejaron que no intentara cruzar el río Cecina debido a la crecida. Al parecer contestó que de niño un gitano le había dicho que no era a Neptuno, sino a Marte a quien debía temer. Cuando estaba cruzando el río, su caballo resbaló y lo tiró al agua; se dice que murió maldiciendo a los dioses. En sus alforjas se encontró una copia del poema de Lucrecio.”

De nuevo, las fronteras del mito. Es precisamente Boticelli el pintor que en muchos de sus cuadros, de la consagración de la primavera al nacimiento de Venus, parece captar la vitalidad de la atmósfera de Lucrecio.

